

LA ARAUCANA.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda
 Con gran rigor y furia acelerada
 El golpe de la mano mas gallarda
 Que jamás gobernó bárbara espada!
 Mas quien el fin deste combate aguarda
 Me perdone, si dejo destroncada
 La historia en este punto, porque creo
 Que así me esperará con más deseo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

 LA ARAUCANA.

 TERCERA PARTE.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desaffo es reprobado
 Por ley divina y natural derecho,
 Cuando no va el designio enderezado
 Al bien comun y universal provecho;
 Y no por causa propia y fin privado,
 Mas por autoridad pública hecho,
 Que es la que en los combates y estacadas
 Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafio
 Es de derecho y de costumbre usada,
 Pues con el sér del hombre y albedrío
 Juntamente la ira fué criada;
 Pero sujeta al freno y señorío
 De la razon, á quien encomendada

Quedó para que así la corrigiese,
 Que los términos justos no excediese.
 Y el Profeta nos da por documento,
 Que en ocasión y á tiempo nos airemos;
 Pero con tal templanza y regimiento,
 Que de la raya y punto no pasemos:
 Pues dejados llevar del movimiento
 El sér y la razon de hombres perdemos,
 Y es visto que difieren en muy poco
 El hombre airado y el furioso loco.
 Y aunque se diga y es verdad que sea
 Ímpetu natural el que nos lleva,
 Y por la alteracion de ira se vea
 Que á combatir la voluntad se mueva,
 La ejecucion, el acto, la pelea
 Es lo que se condena y se reprueba,
 Cuando aquella pasion que nos induce
 Al yugo de razon no se reduce.
 Por donde claramente, si se mira,
 Parece como parte conveniente
 Ser en el hombre natural la ira,
 En cuanto á la razon fuere obediente;
 Y en la causa comun puesta la mira,
 Puede con tal campion el combatiente
 Usar della en el tiempo necesario,
 Como contra legitimo adversario.
 Mas si es el combatir por gallardía,
 Ó por jatancia vana ó alabanza,
 Ó por mostrar la fuerza y valentía,
 Ó por rencor, por odio ó por venganza,
 Si es por declaracion de la porfía
 Remitiendo á las armas la probanza,
 Es el combate injusto, es prohibido,
 Aunque esté en la costumbre recibido.
 Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
 De Rengo y Tucapel, que peleando
 Por solo presuncion y orgullo vano
 Como fieras se están despedazando,
 Y con protervia y ánimo inhumano
 De llegarse á la muerte trabajando,
 Estaban ya los dos tan cerca de ella,
 Cuanto léjos de justa su querella.
 Digo, que los combates aunque usados,

Por corrupcion del tiempo introducidos,
 Son de todas las leyes condenados
 Y en razon militar no permitidos,
 Salvo en algunos casos reservados,
 Que serán á su tiempo referidos:
 Materia á los soldados importante
 Segun que lo verémos adelante.
 Déjolo aqui indeciso, porque viendo
 El brazo en alto á Tucapel alzado,
 Me culpo, me castigo y reprehendo
 De haberlo tanto tiempo así dejado;
 Pero á la historia y narracion volviendo,
 Me oistes ya gritar á Rengo airado
 Que bajaba sobre él la fiera espada
 Por el gallardo brazo gobernada.
 El cual viéndose junto, y que no pudo
 Huir del grave golpe la caída,
 Alzó con ambas manos el escudo,
 La persona debajo recogida:
 No se detuvo en él el filo agudo,
 Ni bastó la celada aunque fornida,
 Que todo lo cortó y llegó á la frente
 Abriendo una abundante y roja fuente.
 Quedó por grande rato adormecido,
 Y en pié dificilmente se detuvo,
 Que del recio dolor desvanecido
 Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
 Pero volviendo á tiempo en su sentido,
 Visto el último término en que estuvo,
 De manera cerró con Tucapelo,
 Que estuvo en punto de batirle al suelo.
 Hallóle tan vecino y descompuesto,
 Que por poco le hubiera trabucado,
 Que de la gran pujanza que habia puesto
 Anduvo de los piés desbaratado;
 Pero volviendo á recobrarse presto,
 Viéndose del contrario así aferrado,
 Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
 Pensando deshacerle en mil pedazos.
 Y con aquella fuerza sin medida
 Le suspende, sacude y le rodea;
 Mas Rengo, la persona recogida,
 La suya á tiempo y la destreza emplea

No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo á tiempo el pié trocado
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar, que ambos de lado
Sin poderlo excusar, á su despecho
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los roncos aceros presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vigorosos
En la rabia y el impetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campeones de valor iguales,
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer, quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y más muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados,
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse

Haber más porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazón tenía,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría;
Y aunque esto es hoy de muchos disputado,
Ninguno de los dos se rebullía,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco acento y corazón latiente.

El gran Caupolicano que asistiendo
Como juez de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo
Apriesa en la estacada plaza entraba:
El cual sin detenerse un punto viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente mas preciada,
Fué con honra solene y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazón restituida.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del casco Tucapel sentido
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo,
Que á la razón doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase mas de lo pasado;
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,

Y en los casos y trances peligrosos
 Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
 Contenidos así los dos famosos,
 Porque mas los conciertos se afirmasen,
 Comieron y bebieron juntamente
 Con grande aplauso y fiesta de la gente.
 Dejarélos aquí desta manera
 En su conformidad y ayuntamiento,
 Que me importa volver á la ribera
 Del rio, que muda nombre en cada asiento:
 Pues há mucho que falto y ando fuera
 De nuestro molestado alojamiento,
 Para decir el punto en que se halla
 Despues del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
 Con mas pérdida y daño que ganancia,
 Al fuerte á más andar nos recogimos,
 Que estaba del lugar larga distancia;
 Y aunque poco despues, señor, tuvimos
 Otros muchos rencuentros de importancia
 No sin costa de sangre y gran trabajo,
 Iré por no cansaros al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla
 Sangrienta de ambas partes y reñida,
 Que aunque por no ser largo aquí se calla,
 Será de otro escritor encarecida;
 Vista de municion y vitualla
 La plaza por dos meses bastecida,
 Pareció por entonces provechoso
 Dejar por capitán allí á Reinoso.

Que las demás ciudades trabajadas
 De las pasadas guerras nos llamaban,
 Y las leyes sin fuerza arrinconadas
 Aunque mudas de léjos voceaban:
 Las cosas de su asiento desquiciadas,
 Todos sin gobernar se gobernaban,
 Estando de perderse el reino á canto
 Por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada
 Fértil de todas cosas y abundante,
 Para fundar un pueblo aparejada,
 Y el sitio á la sazón muy importante,
 Quedó primero la ciudad trazada,

De la cual hablarémos adelante,
 Que aunque de buen principio y fundamento
 Mudó despues el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
 Los más diestros y pláticos soldados,
 En órden de batalla y són de guerra
 Rompimos por los términos vedados;
 Y atravesando de Purén la sierra
 De la hambre y las armas fatigados,
 A la Imperial llegamos salvamente
 Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
 En libertad las leyes oprimidas,
 La justicia y costumbres reformando
 Por los turbados tiempos corrompidas;
 Y el exceso y desórdenes quitando
 De la nueva codicia introducidas,
 En todo lo demás por buen camino
 Dió la traza y asiento que convino.

No habíamos aun los cuerpos satisfecho
 Del sueño y hambre misera transida,
 Cuando tuvimos nueva que de hecho
 Toda la tierra en torno removida,
 Rota la tregua y el contrato hecho,
 Viendo así nuestra fuerza dividida,
 Ayuntaban la suya con motivo
 De no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta aperecidos
 De los que más en órden nos hallamos,
 Por la espesura de Tirú metidos
 La barrancosa tierra atravesamos;
 Y los tomados pasos desmentidos,
 No con pocos rebatos arribamos
 Sin parar ni dormir noche ni día
 Al presidio español y compañía.

Donde ya nuestra gente habia tenido
 Nueva del trato y tierra rebelada,
 Que por extraño caso acontecido
 De la junta y designio fué avisada;
 Y habiendo alegremente agradecido
 El socorro y ayuda no pensada,
 Nos dió del caso relacion entera,
 El cual pasa, señor, desta manera.

El araucano ejército entendiéndose
 Que su próspera suerte declinaba,
 Y que Caupolicán iba perdiendo
 La gran figura en que primero estaba:
 En secretos concilios discurriendo,
 Del capitán ya odioso murmuraba,
 Diciendo que la guerra iba á lo largo
 Por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
 Que el más libre y osado no temiese
 Y del menor edicto y mandamiento
 Cuanto una sola mínima excediese:
 Que era tanto el castigo y escarmiento
 Que no se vió jamás quien se atreviese
 A reprobár el órden por él dado,
 Según era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
 El revolver del hado incontrastable,
 Y la poca obediencia de su gente
 Viéndole ya en estado miserable;
 Que la buena fortuna fácilmente
 Lleva siempre tras sí la fe mudable,
 Y un mal suceso y otro cada día
 La más ardiente devoción resfria:

Quiso dando otro tiento á la fortuna,
 Que del todo con él se declarase,
 Y no dejar remedio y cosa alguna
 Que para su descargo no intentase:
 Entre muchas al fin resuelto en una
 Antes que su intención comunicase,
 Con la presteza y órden que convino
 De municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
 A que el miedo el peligro examinase,
 Y algún suceso y súbita mudanza
 Los ánimos del todo resfriase,
 Con animosa muestra y confianza
 Mandó que de la gente se aprestase
 Al tiempo y hora del silencio mudo,
 El más copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
 En la cual resolvió que convenia
 Dar el asalto al fuerte, por el lado

De la posta de Ongolmo al mediodía:
 Que de cierto espion era avisado
 Cómo la gente que en defensa habia,
 Demás de estar segura y descuidada,
 Era poca, bisoña y desarmada.

Que el capitán ausente habia llevado
 La plática en la guerra y escogida,
 De no volver atrás determinado,
 Hasta dejar la tierra reducida;
 Y en las nuevas conquistas ocupado
 Sin poder ser la plaza socorrida,
 En breve por asalto fácilmente
 Podían entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
 Y tal la autoridad de su presencia,
 Que se llevó los votos y opiniones
 En gran conformidad sin diferencia,
 Y con ánimo y firmes intenciones
 Le juraron de nuevo la obediencia,
 Y de seguir, hasta morir de veras,
 En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resolute
 Habló con Pran, soldado artificioso,
 Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
 Pero agudo, sutil y cauteloso,
 Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
 Falso, disimulado, malicioso,
 Lengüaz, ladino, práctico, discreto,
 Cauto, pronto, solícito y secreto.

El cual en puridad bien instruido
 En lo que el arduo caso requería,
 De pobre ropa y parecer vestido,
 Del presidio español tomó la vía;
 Y fingiendo ser indio foragido
 Se entró por la cristiana ranchería
 Entre los indios mozos de servicio,
 Dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento
 Sin mostrar atención lo que pasaba,
 Y con disimulado advertimiento
 Los ocultos designios penetraba:
 Tal vez entrando en el guardado asiento
 En la figura rústica notaba

La gente, armas, el orden, sitio y traza,
Lo más fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
A las personas menos recatadas
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas ;
Y aquí y allí los ánimos tentando
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto :
Que engañado de un bárbaro ladino,
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanacónas permitida.

Y con dobles y equívocas razones
Que Pran á su propósito traía,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecía :
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tiranía,
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oído,
Y el tiempo y la ocasión aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intención desta manera,

Diciéndole : « Si sientes, ¡oh soldado !
La pérdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvación de tanta gente.

«Que el gran Caupolicano, que en la tierra

Nunca ha sufrido igual, ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasión tan oportuna
El estado comun de tu fortuna.

«Y que á tí como á causa se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho :
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sugeto
Para tan grande y importante efeto.

«Pues á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse ;
Y así en figura humilde revestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo.

«Haciéndote saber como querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte al mediodía
Con furia grande y número de gente ;
Por haberle avisado cierta espía
Que en aquella sazón seguramente
Descansan en sus lechos los soldados
De la molesta noche trabajados.

«Y sin recato la ferrada puerta
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta,
Y la gente durmiendo descuidada :
La cual de salto fácilmente muerta
Y la plaza despues desmantelada,
En la region antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

«Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra oscura :

Adonde de su ejército apartado
 Debajo de palabra y fe segura
 Quiere comunicar solo contigo
 Lo que sumariamente aquí te digo.

«Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
 Gozar desta ventura prometida,
 Demás del grande honor que consiguieres
 Siendo por tí la patria redimida,
 Solo á tí deberás lo que tuvieres,
 Y á tí te deberán todos la vida,
 Siendo siempre de nos reconocido
 Haberla de tu mano recibido.

«Mira pues lo que desto te parece;
 Conoce el tiempo y la ocasion dichosa;
 No seas ingrato al cielo que te ofrece
 Por solo que la acetes tan gran cosa;
 Da la mano á tu patria, que perece
 En dura servidumbre vergonzosa,
 Y pide aquello que pedir se puede,
 Que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon atento
 Al semblante del indio sosegado,
 Que sin alteracion y movimiento
 Hasta acabar la plática habia estado:
 El cual con rostro y parecer contento,
 Aunque con pecho y ánimo doblado,
 A las ofertas y razon propuesta
 Dió sin mas detenerse esta respuesta:

«¡Quién pudiera aquí dar bastante indicio
 De mi intrinseco gozo y alegría,
 De ver que está en mi mano el beneficio
 De la cara y amada patria mia!
 Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
 Ni el gobierno del mundo y monarquía
 Podrán tanto conmigo en este hecho,
 Quanto el comun y general provecho.

«Que sufrir no se puede la insolencia
 Desta ambiciosa gente desfrenada,
 Ni el disoluto imperio y la violencia
 Con que la libertad tiene usurpada:
 Por lo cual la divina Providencia
 Tiene ya la sentencia declarada,
 Y el ejemplar castigo merecido

Al araucano brazo cometido.

«Vuelve á Caupolican, y de mi parte
 Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
 Que cuanto en esto quieras alargarte,
 Te sacaré yo á salvo de la oferta;
 Y mañana sin duda, por la parte
 De la inculca marina más desierta,
 Seré con él, do trataremos largo
 Desto que desde aquí tomo á mi cargo.
 «Por la sospecha que nacer podria,
 Será bien que los dos nos apartemos,
 Y deshecha por hoy la compañía
 Adonde nos aguardan arribemos:
 Que mañana despacio al mediodía
 Con mayor libertad nos hablaremos,
 Y de mi quedarás mas satisfecho:
 A Dios, que es tarde; á Dios, que es largo el trecho.»

Así luego partieron el camino,
 Llevándole diverso y diferente,
 Que el uno al araucano campo vino,
 Y el otro adonde estaba nuestra gente:
 El cual con gozo y ánimo malino
 Hablando al capitán secretamente
 Le dijo punto á punto todo cuanto
 Oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caulpolican cautelosamente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada,
Que mas ofende la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traicion se agrada,
Quiere mal al traidor, y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces veréis que el alevoso
En estado seguro permanece;
De nadie amado, á todo el mundo odioso,
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso,
Aunque trate verdad no lo parece,
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y que él con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria como digo,
Poniéndole con odio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sábio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,

Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido:
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho,
El cual con la gran priesa que llevaba
En poco espacio atravesó gran trecho;
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia,
Della y de la traicion le dió noticia,

Diciéndole: «Sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

«Mas negando la deuda y fe debida
A mi tierra y nacion por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto;
Y en contra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desviando gran número de espadas
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que si me acuerdo en el pasado canto
Lo tengo largamente referido:
Quedó Reinoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los brazos amorosos le echó al cuello
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el reino y cristiandad hacia,
Diciendo, que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente

Seria remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro día
Sin que noticia dello á nadie diese,
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino capitán se viese,
Que de la vista y habla entenderia
Lo que más al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero antes desto,
A la salida de un espeso valle,
Halló al amigo en centinela puesto
Esperándole ya para guialle,
Donde Caupolican con ledo gesto
Saliendo algunos pasos á encontralle,
Adelantado un trecho de su gente
Le recibió amorosa y cortésmente,

Diciendo: «¡Oh capitán! hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
A quien la redención del patrio suelo
Justa y méritamente ha cometido:
Bien sé que solo con honrado celo,
De virtud propia y de valor movido,
Aspiras arribar do ningún hombre
Tendrá puesto adelante mas su nombre.

«Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso,
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,
Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos, siendo tú solo nuestra guía,
Sobre el fuerte español á mediodía.

«Para lo cual ha sido mi venida
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde siendo tu boca la medida
Quiero del justo premio asegurarte;
Y ver si á ti esta empresa cometida
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando como cabeza y dueño en todo
El orden, la instrucción, la traza y modo.

«Que demás de las honras, te aseguro
De parte del senado un señorío,

Y por el fuerte Eponamon te juro
Que esto será escogido á tu albedrío;
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mío,
Para que des el orden que convenga,
Y el esperado bien no se detenga.

«Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta
Que me prometen próspera jornada,
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aquí mi gente armada;
Y antes que sea de algunos descubierta,
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecución conviene

«Resúelvete, ó varón, y determina
Como de tí se espera brevemente,
Que detrás deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente;
Y porque puedas ver la disciplina,
Los ánimos, las armas y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz que atento estaba
A cuanto el general le prometia,
No la oferta, ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia;
Bien que algún tanto tímido dudaba
Viendo de aquel varón la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
La proporción y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Con un drago escamoso relevado
Sobre el alto crestón de la celada;
En la derecha su bastón ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
Podía salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traición y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre semblante y rostro grato,

Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano,
Tal respuesta volvió á Caupolicano.

«¡ Oh gran Apó ! no pienses que movido
Por honra, por riqueza ó por estado
A tus piés y obediencia soy venido
A servirte y morir determinado :
Que todo lo que aquí me has ofrecido,
Y lo que puede más ser deseado
No me provoca tanto, ni me instiga,
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

«Gracias al cielo doy, pues mi esperanza
En tu prudencia y gravedad fundada,
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada ;
Y porque no nos dañe la tardanza,
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra.

«Que nuestros enemigos sin recelo,
A las armas de noche acostumbrados,
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados :
Y desnudos y echados por el suelo
En vino y dulce sueño sepultados
Pasan la ardiente siesta en gran reposo,
Hasta que el sol declina caluroso.

«Y si estás, como dices prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza ;
Que el tiempo es malo de cobrar perdido
Mayormente si daña la tardanza,
Y pues no te detiene cosa alguna,
No detengas tus hados y fortuna.

«Que á darte la victoria yo me obligo,
No por el galardón que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo,
Y ella misma es el premio verdadero ;
Basta lo que en servirte yo consigo,
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.

«Mañana disfrazado al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
Estaré su venida deseada ;
Y en el presidio y franca plaza entrando,
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño,
Sin prevencion y al parecer sin dueño.

«Esta noche callada y quietamente
Desviada á la izquierda del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente,
Una milla del fuerte y mas vecino :
Y cuando asome el sol por el Oriente
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del día,
Aguarde allí el aviso y órden mia.

«Quiero ver, pues que dello eres servido,
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron constituido
Para tan alto y señalado hecho :
Por quien Arauco ya restituido
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la española tiranía
Extenderá su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro,
Diciéndole razones que moviera
Nó un corazón movible, pero un muro ;
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro,
Y un grueso mazo de chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pié de un alto cerro montuoso,
Vió el araucano ejército emboscado
De brava gente y número copioso.
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fe dudoso :
Que en el ánimo vario y movedido
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada,
Dándole espuelas y ánimo bastante,
La duda tropelló representada,

Llevando el mal propósito adelante:
 Y así encubriendo la intencion dañada
 Con mentirosas muestras y semblante
 Loó el traidor encarecidamente
 El sitio, el órden, armas y la gente.
 Y despues de inquirir y haber notado
 Lo que notar entonces convenia,
 Visto el grande aparato, y tanteado
 La gente armada y cantidad que habia,
 Advertido de todo y enterado
 Llegó al presidio al rematar del dia,
 Adonde le esperaba ya Reinoso
 De su larga tardanza sospechoso.
 Hizo con singular advertimiento
 De su jornada relacion copiosa,
 Dándole mayor ánimo y aliento
 Nuestra llegada á tiempo provechosa;
 Que si estuvisteis á mi canto atento,
 Por la montaña y costa montuosa
 Al socorro llegué aquel mismo dia
 Con los treinta que dije en compañía.
 Gastóse aquella noche previniendo
 Las armas é instrumentos militares,
 El foso, muro y plaza requiriendo,
 Señalando á la gente sus lugares:
 Hasta que fué la aurora descubriendo
 Con turbia luz los hondos valladares,
 Dando triste señal del dia esperado
 Por tanta sangre y muerte señalado.
 Jamás se vió en los términos australes
 Salir el sol tan tardo á su jornada,
 Rehusando de dar á los mortales
 La claridad y luz acostumbrada;
 Al fin salió cercado de señales,
 Y la luna delante dél menguada,
 Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo,
 Por no mirar al araucano suelo.
 Hecha la prevencion en confianza
 Por una y otra parte ocultamente,
 Con iguales designios y esperanza
 Aunque con hado y suerte diferente:
 Veis aqui á Pran, que solo y á la usanza
 De los mitayos indios diligente,

Cargado con un haz de blanco trigo
 Viene á buscar al alevoso amigo,
 Que á la salida de su rancho estaba
 Mirando á los caminos ocupado,
 Pareciéndole ya que se pasaba
 El tiempo del concierto aun no llegado:
 Tanto ya la maldad le aceleraba
 De una furia maligna espoleado:
 Que siempre en lo que mucho se desea
 No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
 Que la gente en dos tercios dividida,
 Habia el murado sitio descubierto
 Sin ser de nadie vista ni sentida;
 Y con paso callado y gran concierto
 Doméstica, ordenada y recogida,
 Los pechos y las armas arrastrando
 Venia derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
 Dió Andresillo señal de su alegría,
 Diciendo, que sin duda nuestra gente
 Ya segun su costumbre dormiria;
 Luego disimulada y quietamente
 Sin mas se detener, de compañía
 Entraron en el fuerte preparado
 El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
 Todos los oficiales y soldados,
 Sobre sus lechos sin dormir dormidos
 Con aviso y cuidado descuidados:
 Los arneses acá desguarnecidos,
 Los caballos allá desensillados,
 Todo de industria al parecer revuelto,
 En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego,
 Y poca guardia que en el fuerte habia,
 Alegre dello tanto, cuanto ciego
 En no ver la sospecha que traia,
 Sin detenerse un solo punto luego
 Por una corta senda que él sabia,
 Haciendo de sus piés y aliento prueba
 Fué á dar al campo la esperada nueva.
 Apenas habia el bárbaro traspuesto,

Cuando Andresillo en tono levantado
 Dijo : « ¡Oh fuertes soldados , en quien puesto
 Está el fin de la guerra deseado !
 Tomad las vencedoras armas presto ,
 Y rompéd el silencio ya excusado ,
 Saliendo á toda priesa , porque os digo
 Que á las puertas teneis al enemigo . »

Marinero jamás tan diligente
 De entre la vedijosa bernia salta,
 Cuando los gritos del piloto siente,
 Y la borrasca súbita le asalta,
 Como nosotros que ligeramente
 Oyendo de Andresillo la voz alta,
 De los toldos con ímpetu salimos,
 Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
 Quién encaja la gola y la celada,
 Quién ensilla el caballo, y quién salia
 Con arcabuz, con lanza ó con espada,
 Fué en un punto la gruesa artilleria
 A las abiertas puertas asestada,
 Llenos de tiros mil de mil maneras
 Los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en órden la plaza, y encargando
 Segun el puesto á cada cual su oficio,
 El silencio importante encomendando
 Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
 Quedando aquel presidio tan callando
 Que la gente extramuros de servicio,
 Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
 Que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente ;
 Pues apenas estábamos armados,
 Cuando los enemigos de repente
 Se descubrieron cerca por dos lados :
 Venian tan escondida y sordamente,
 Bajas las armas y ellos inclinados,
 Que entraran, si la vista ya no fuera
 Más presta que el oido y mas ligera.

Como el cursado cazador , que tiene
 La caza y el lugar reconocido ,
 Que poco á poco el cuerpo bajo viene
 Entre la yerba y matas escondido ;

Ya apresura el andar, ya le detiene,
 Mueve y asienta el paso sin ruido
 Hasta ponerse cerca y encubierto,
 Donde pueda hacer el tiro cierto :

Con no menor silencio y mayor tiento
 Los encubiertos indios parecieron,
 Y sobre nuestro fuerte en un momento
 A treinta y menos pasos se pusieron :
 De do sin són de trompa ni instrumento
 En callado tropel arremetieron
 Más de dos mil en número á las puertas
 Con más cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
 Este sangriento y crudo asalto cuente,
 Y la lástima justa y odio justo,
 Que ambas cosas concurren juntamente ;
 El ánimo ahora humano, ahora robusto
 Me suspende y me tiene diferente :
 Que si al piadoso celo satisfago,
 Condono y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
 Dentro della y del fuerte estoy metido ;
 Si en este punto y término lo dejo,
 Hago y cumplo muy mal lo prometido ;
 Así dudoso el ánimo y perplejo
 Destos juntos contrarios combatido,
 Lo dejo al otro canto reservado,
 Que de consejo estoy necesitado.